

Homenaje a Antonio Fernández



Si el mejor homenaje que puede hacerse a un artista es mostrar su obra, divulgarla a los cuatro vientos, para que la comunicación de la labor estética se efectúe, el más veterano de nuestros pintores y también uno de los más acreditados, el goyánés Antonio Fernández, va a tener dentro de pocos días, en Vigo, un importante y dilatado agasajo. Cerca de un centenar de sus trabajos, óleos, dibujos, manchas de color, bocetos de cuadros, van a ser expuestos en el salón noble del Círculo Cultural Mercantil, casa siempre acogedora de cualquier iniciativa trascendente.

Antonio Fernández es el postrer epigono de un realismo casi mimético, de una honradez total, sólo apto para pintores en posesión de un oficio que llega al virtuosismo, y para temperamentos en los que el amor a la verdad, a la más exacta verdad de las cosas, sea actitud dominante. Porque la pintura de Antonio Fernández es el aprehendimiento de la realidad misma, el transporte de un trozo de naturaleza, siempre viva, siempre vibrante, a la tela que llevará después su firma. Todavía, con cerca de 90 años, puede verse la mínima y estilizada figura del pintor saltando las rocas lamidas por el agua del padre Miño, poco antes de ir a dar a la mar atlántica que es el morir, allá por su Goyán natal, tierra de artistas, donde conviven Pousa y Piñeiro, Eliseo Alonso y Picallo. Tierra sorprendente donde por estas épocas de las cercanías de San Miguel, las viñas toman ese color de oro viejo, sobre nobilitado que está en los óleos de Claudio Lorenza y que tantas veces ha entusiasmado las chispeantes retinas de José María Castroviejo. Antonio Fernández ha ido siempre al lugar exacto que ha de pintar, ha observado la naturaleza con paciencia y ordenación mental, con microscópica mirada digna de un entomólogo. Sus rocas al pie de río crían líquenes con el tiempo, magnificando una pintura que ya no es de hoy, pero que será de siempre porque es la respuesta de una autenticidad a cuerpo limpio.

Un mínimo reconocimiento de nuestros auténticos valores, estaba pidiendo a gritos este homenaje a Antonio Fernández, ejemplo de una pintura que va a caballo de dos siglos y que ha dado maestros que son páginas en la historia del arte, entre los que debe contarse nuestro pintor entre los primeros. Porque, aparte la monografía, humilde pero valiosa, que le dedicó hace años Eliseo Alonso, que es hombre de finos, aunque quizás demasiado callados saberes, nuestro pintor ha tenido escasa fortuna en el cronicón al uso de las glosas de la plástica. Ni siquiera en los catálogos comentados de los museos regionales, donde está bien representado, se dice otra cosa que unos fríos datos biográficos acerca de su figura.

Coleccionistas amables de aquí y de allá—sobre todos uno de aquí, que posee lo mejor de la obra fernandina—ceden sus cuadros para esta muestra, que va a colgarse de modo antológico, para que el contemplador atento pueda seguir la evolución, dentro de una concepción permanente de la pintura, que ha tenido Antonio Fernández. Desde sus primeros intentos hasta su estancia en Brasil y muy especialmente su época italiana de Nápoles y Anticoli. Aquí, no lejos de Roma, alcanza la pintura de Fernández su máxima expresión, su mayor pureza cromática, su más equilibrado razonar entre realidad y virtuosismo.

El pintor de tantos dorados otoños gallegos llega con su obra en los postreros días del verano, justo cuando se anuncia la estación que él ama más. Cuando contempléis algunos de sus cuadros tendréis que recurrir a la vieja, pero exacta metáfora en este caso: parecen no telas, sino ventanas abiertas a un trozo del paisaje gallego que identificaréis por su nombre.

PABLOS.